

EL PAVO

por Enrique Chuez

La vela encendida, próxima a consumir, ilumina la imagen de un San Antonio punteado de excrementos de moscas, Trémula y lánguida la luz débil ilumina las paredes tiznadas de hollín, los objetos pobres y descuidados, las sombras dormidas envueltas en remendadas mantas malolientes.

Duerme el hombre pobre y el mundo reposa bajo la tiranía implacable del tiempo que arrastra las cosas por los caminos del mundo hasta la muerte. La oscuridad que rodea la imagen de San Antonio vacila, retrocede ante los súbitos chispeos de la llama, y luego avanza inexorable como un monstruo oscuro y legendario.

Afuera, de cuando en cuando, palabrotas obscenas sobresaltan la tranquilidad blanda del barrio; ebrios trashumantes vociferan en un regreso titubeante y miserable a sus hogares; llenan de insultos y golpes a las sombras desparramadas en el suelo y se arrojan a dormir babosas y vencidas.

Quietud.

A veces se escucha un grito y ruido de pasos apresurados que se alejan en el silencio de los callejones donde uno que otro gato callejero berrea a las estrellas; detrás de los pasos, donde empezaron, yace un cuerpo inmóvil, golpeado con los bolsillos hacia afuera....

A lo lejos, apagado, estrangulado por el silencio de los zaguanes infectos, se deja escuchar el ruido de una sin-

fonola desde una cantina. Parece, en la hora profunda, la letanía de algo que no obstante vivir en medio de la noche se fuera muriendo entre sus propias palabras.

Ya el reloj del vecino usurero, adiposo, de nariz colorada y granulosa, ha dado las dos de la madrugada; las campanadas sordas y profundas estremecen el sueño como golpes que surgen del fondo de la tierra y poseen extraños anunciamentos a los hombres que reposan dormidos como bestias cansadas. El firmamento brilla puro, inmenso, sostenido por el aire, por la madrugada transparente; se experimenta en la calma de la hora la presencia de lo infinito; las estrellas antiguas y distantes susurran salmos de beatitud, de santidad; las constelaciones parpadeantes en el hechizo de las insondables lejanías derraman sobre la tierra mensajes de eternidad resplandorosa, de paz, de éxtasis, de.... ¡ay, quién fuera Dios!

La vela se ha apagado.

Aquella noche la madre de Anita había traído un pavo de Navidad negro y ruidoso como un chicuelo. Lo había ganado en una rifa de vecinos cuando ya habían pasado las Pascuas. Anita, con sus siete años rosados, lo recibió con alborozo; le extendió sus manitas tiznadas del sucio de las calles, sus manitas que en esas Pascuas no tuvieron un juguete dónde depositar toda la ternura infantil de su corazón, y que durante todo el año se le fué acumulando en los días vacíos y pobres de cariño. Sus ojos se encendieron como las lucecillas alegres que ponen los ricos en sus arbolitos en la Nochebuena.

Cuando su madre lo ató en un rincón debajo de la mesa de la cocina, ella se le acercó cariñosa: ¡Pavito!.... ¡Pavito! — le susurró mimosa. Al tratar de acariciarlo con sus manitas sucias, el ave le huyó haciéndole; ¡Glú-glú.... glú-glú,.... glú-glú!

Ahora ella, que no puede resistir el gozo de estar al lado del ave y quiere aprovechar la oscuridad de la vela apagada, se ha levantado del suelo donde duerme sobre unos cartones y se le ha acercado en silencio.

Tras largos esfuerzos ha logrado que el ave acepte sus manitas temblorosas.

¡Pavito! —le dice susurrante para no despertar a su madre—; . . . Pavito lindo!— El ave protesta suavemente, apagado, acostumbrado a la presencia inofensiva de la niña, tiene sueño. Ana le besa con dulzura el plumaje oscuro y siente unas ganas desesperadas de llorar, no sabe por qué. . . .

Se ha quedado dormida abrazada al ave echada y soñolienta que a ratos abre los ojos, ve a la niña, ronronea suavemente estremeciendo sus papos colorados y torna a dormir al lado de la niña empapada de ternura. Afuera insiste la quietud estrellada de la intemperie de casas viejas y zaguanes oscuros. La cantina vomita su ruido vulgar ya cansino e imperceptible a fuerza de eternidad.

Ahora ha de amanecer.

Cuando la madre de Ana se levanta de dormir ve a su hija dormida al lado del pavo; tan rendida está la pobre niña que los borbotones de chillidos con los cuales saluda el ave al día no han logrado despertarla.

¡Chiquilla “aguevá”! — dice la madre entre dientes mientras la levanta y la deposita en la cama. El barrio empieza a hervir de ruidos; bandadas de chicuelos haraposos y desnudos rayan la mañana con sus gritos a veces obscenos; la gente mayor se dirige a sus trabajos en la Zona del Canal. ¡Mientras Ana duerme su madre toma el pavo que protesta ruidosamente y se lo lleva a Salsipuedes para transformarlo en un magnífico asado chino.

Cuando Ana despierta se lleva las manos al rostro y se frota los ojos lagañosos, acto seguido, con la mirada colorada, mira hacia el rincón, al pie de la estufa. Al verlo desierto busca ansiosamente por todos lados.

Nada.

Se le ocurre pensar que fue un sueño pero al lado le la estufa está el cordel solitario, vacío.

Cuando su madre regresa con el pavo asado metido en una caja de cartón blanco, la encuentra sollozando al pie de la estufa. Ya el día se ha alzado hasta el meridiano y empieza a declinar, la tarde se asoma en la brisa decembrina y desde el cerro Ancón baja revuelta de hojas secas y polvos veraneros.

¡Ajá! —dice la madre en tono áspero— ¡No solo tengo que aguantame que los chinos del diablo esos me hagan esperar sino que encuentro a la muy pendeja llorando....! ¡Vamos a vé! ¿Qué te duele? *

Ana cesa de sollozar. Mira a su madre con los ojos fijos. —Mami —le dice lastimosamente—.... ahonde.... ahonde tá.... Pa onde se lo llevaron.

¡Quién! —responde su madre malhumorada—.... ¡De quién me estás hablando!

Por toda contestación, temerosa, Ana dirige la mirada encarnada hacia el cordel caído.

¡Ah! —exclama la madre comprendiendo, suavizando la voz—.... ¿Tú lo querías?.... ¡Já! ¡tonta!.... Vas a vé que es mejor cocinao que vivo.... Aquí —empieza a abrir la caja de cartón blanco—.... aquí tá. Vas a vé que sabroso ha quedado. ¿Quieres probá un pedazo?.... ¡No dices ná? No pensaba date ná hasta la hora de comé, hasta la hora que viniera tu papá.... ¡El bellaco nó durmió anoche con nosotras!.... ¡Eso sí, toas las fiestas se la pasa al lado de la chola de m..... esa! ¡Se salva el

pendejo que me dejó plata pa la comida si no lo jodo!.. Bueno, pero después de tó ¿qué le lloras al pavo ese?.... ¡No digo yo!.... —Se le queda mirando como si de pronto estuviera pensando en otra cosa, en el marido, en la chola de m..... Súbito hace un chasquido con la lengua y exclama —¡Ah, verdá, si todavía no has comio!.... ¡Coje, coje un pedazo de pavo!— Se dirige a la mesa corta un trozo pequeño y se lo entrega a la niña.

Ana ha escuchado a su madre en silencio, mirándola fijamente como si quien mirara fuera una silla o una mesa u otra cosa, menos ella. Cuando le entrega el pedazo de asado ella lo recibe.

—Cóme —le dice su madre tratando de ser cariñosa— Cóme que tá bueno.... ¡Dejate de esas vainas de está llorando por gusto....!

Mami —dice Ana toda resentida con las narices sucias de moco— ¿por qué, por qué mataron al pavo?

La madre se ha dado vuelta; atareada en preparar la cena, refunfuñando pestes contra el marido, no le presta atención.

Entonces Ana, sintiéndose sola, se inclina al pie de la estufa, toma el cordel sucio donde antes estuvo atado el pavo, siente el malestar del hambre y se pone a comer en silencio.

Mientras mastica sus ojos siguen el vuelo de una cucaracha que se detiene en la imagen del San Antonio sucio de moscas. Traga el bocado que mastica, sus carrillos se van abultando y sus cejas se juntan hoscas mientras mira a la imagen con su vela fría y triste. Mira a su madre ocupada, de espaldas a ella, saca la lengua y adelanta el rostro, burlón hacia ella y hace: —¡Buuuuuuuuuuú!